



LA CATEDRAL OLVIDADA. SU MUSICA EN EL SIGLO XVI

LOLA DE LA TORRE DE TRUJILLO

En el año 1485 se celebró la fundación del Obispado de Canaria en la pequeña ermita que habían fabricado los conquistadores en 1478 dentro del recinto fortificado del Real de Las Palmas. Allí se celebraron los cultos catedralicios hasta que se terminó la obra indispensable de otro templo mayor, que se había comenzado a edificar enseguida. Esta segunda iglesia, primer templo catedralicio fue consagrado hacia 1493, bajo la misma advocación de Santa Ana que había tenido la primitiva ermita, a la que se dio desde entonces por patrono a San Antonio Abad. En esta segunda iglesia se celebraron los cultos y ceremonias litúrgicas del Obispado de Canaria hasta 1572. En ese año pasaron a la parte construida de lo que debió haber sido el complemento de la iglesia que desde 1493 estaba en uso.

No se conocen los primeros libros que pudieron habernos proporcionado noticias sobre la intervención de la música en las ceremonias de los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI. Los documentos más antiguos que hemos podido consultar son los Libros de Actas Capitulares, que comienzan en el año de 1514. Ese año dirigía la música el Racionero Juan Ruiz que era el sochantre y maestro de los niños cantorritos. El Canónigo Juan de Troya era el organista y los capellanes Diego Díaz, Juan de Samarinas y Alonso de Monleón los cantores.

El primer órgano de que tenemos noticia fue traído de Florencia, como regalo de un comerciante francés, Juan Macel, que fue un gran protector de la obra de la Iglesia.

En 1521 fue contratado en Tenerife el organero portugués Pedro Dias Coutinho, casado con Leonor de Armas, cuyo hijo Baltasar de Armas era organista y ejerció en nuestra Catedral hasta su muerte. Probablemente discípulo también de Dias Coutinho fue otro joven organista tinerfeño, Francisco del Castillo, hijo del famoso conquistador Gonzalo del Castillo (protagonista del romance amoroso de la obra del poeta tinerfeño Antonio de Viana). Francisco del Castillo ejerció por poco tiempo en los órganos de la Catedral y profesó en la orden de Santo Domingo, Convento de San Pedro Mártir, en 1527.

El primer maestro de capilla venido expresamente de la Península se llamó también Juan Ruiz y había sido cantor de la Catedral de Sevilla. Con él llegaron los primeros cantores profesionales; así la Capilla se fue completando en la primera mitad del siglo XVI, aunque no actuaba de un modo estable por muy diversas causas. Las rentas de la Fábrica Catedral de donde procedían los salarios para los músicos se destinaban preferentemente a la construcción de lo que faltaba para completar el templo catedralicio, a lo que se llamó «la media iglesia». Fue tanta la importancia que se le dio a esta obra que al llegar al lugar en que debían confluir y completarse en un solo edificio, las obras no coincidieron ni guardaban el mismo estilo, ni eran de la misma categoría arquitectónica. Desde entonces se usó como Catedral la obra última y se dejó la primera como Sagrario y Parroquia; y se le llamó en adelante «la iglesia vieja».

Nosotros nos referimos aquí a los años, casi un siglo, en que la iglesia vieja era la única en que se celebraban los cultos. Los años heroicos en que todos lucharon por hacer de la población (entonces Villa del Real de Las Palmas), y de su Catedral hermosas realidades; en medio de crisis económicas, epidemias que se sucedían con frecuencia y la amenaza constante de que sus puertos pudieran ser atacados o invadidos por los países enemigos de España, o por los piratas que merodeaban nuestros mares, esperando la flota que venía de Indias.

Afortunadamente, la música era entonces parte muy importante de la liturgia y no se podía prescindir de ella. Por esa razón se impuso siempre la necesidad de tener en la Catedral una Capilla bien organizada; se mandaron a buscar maestros y cantores y se adquirieron obras de compositores famosos de Italia, Flandes y España.

Los maestros de capilla también estaban obligados a escribir las chanzonetas y villancicos que habían de cantarse en las fiestas de Navidad y en las de Corpus. Pero ninguna de la música que se interpretó o fue escrita por los maestros en el siglo XVI se ha conservado.

Los nuevos valores musicales que se iban formando en las enseñanzas de los maestros de capilla, en la segunda mitad del siglo XVI, eran protegidos por el Cabildo Catedral, proporcionándoles facilidades para trasladarse fuera de la isla y permanecer largas temporadas estudiando y ampliando sus conocimientos. Disfrutaron de estas becas, durante años, los cantores Luis de Betancor, Ambrosio López, Luis de Armas y Batolomé Cairasco de Figueroa, entre los valiosos.

Luis de Betancor fue cantor y maestro de los niños cantorcitos, hasta que se retiró a su beneficio de Gáldar.

Ambrosio López estuvo fuera algunos años y volvió con una canongía, a su regreso. Fue compositor y maestro de capilla durante muchos años.

Bartolomé Cairasco de Figueroa, nuestro gran poeta clásico, disfrutó en varias ocasiones de esta política de protección del Cabildo Catedral; canónigo desde muy joven, fue siempre elegido como organizador y director de los Autos Sacramentales, las Loas y Coloquios que se representaban en las fiestas de Corpus y Navidad o a la llegada de los nuevos obispos. Como era también notable músico, se interesó siempre por la buena marcha de la Capilla, siendo su protector hasta su muerte en 1610.

Luis de Armas, hijo del organista Baltasar de Armas y nieto de Pedro Dias Coutinho, fue cantor y organista; tan solicitado por su voz como por sus habilidades en los órganos, fue el primer músico profesional canario que consta haberse desplazado al nuevo continente y haber ejercido allí su arte.

A los catorce años se le dio licencia para ir a aprender a Castilla por tres años, conservando, como los demás, su puesto y su salario en la Capilla de Música. A su regreso lo nombraron maestro de canto y alternaba con su padre en los órganos. Al año siguiente tuvo un grave problema en la Catedral porque no le dejaron lucir sus habilidades como organista en las fiestas del Corpus y faltó al respeto a los señores canónigos. Como consecuencia, le despidieron de la Capilla y aunque su padre rogó para que le volvieran a admitir sólo consiguió el cargo de cantor de cantor. Al poco tiempo decidió marcharse.

En el año 1565 su padre ruega de nuevo al Cabildo Catedral que se le escriba para que vuelva porque «desde niño se había criado al servicio de la Iglesia y siempre fue aprovechado en el arte de la música de canto de órgano y en la de tecla, así en esta isla como en Castilla donde aprendió de los mayores artífices que en este arte han florecido en nuestros tiempos y ha conseguido toda suficiencia», dando la noticia de que se hallaba al presente «en dignidad de Maestrescuela de la Iglesia Catedral en la Ciudad de Santa Fe».

Desde entonces no se vuelven a encontrar referencias de nuestro músico en los libros que conocemos de la Catedral canaria. Su padre murió el año 1572, cuando la Capilla de música y los órganos grandes iban a pasar de la iglesia vieja a la parte recién fabricada hasta entonces.



Dos siglos más tarde, hacia 1772 acordó el Cabildo Catedral, ante la imposibilidad de lograr una obra armónica y técnicamente factible con las dos partes construidas en la Catedral, que fuera demolida definitivamente la llamada iglesia vieja y así se fue cumpliendo, según avanzaban los trabajos ateniéndose a los nuevos proyectos.

De aquel templo donde nació la cultura musical de nuestra isla no ha quedado ni un solo dibujo que hubiera podido conservarnos su imagen, y ha sido completamente olvidada.

Los músicos pertenecientes a la Capilla que en los siglos siguientes tomaron la decisión de marchar a Indias, o a las Américas, no fueron pocos. Maestros de capilla, organistas, cantores en distintas edades y con distintos méritos fueron despedidos en los libros de salarios con una frase invariable: Fuese a Indias. Pero de ellos no se volvió a tener noticias; como las hubo del primero, que llegó a ser Maestrescuela de la Catedral de Santa Fe de Bogotá en 1565.

* * *

De los emigrantes al nuevo Continente, los más destacados fueron:

Juan de Centellas, a finales del siglo XVI

Francisco Redondo, a mitad del siglo XVII.

Manuel de Sosa, a principios del siglo XVIII.

Juan Rodríguez Martín, a principios del siglo XIX.